

## LOS SERACS DEL PETIT VIGNEMALE

**A** las 5,40 de la mañana los alpinistas abandonaban su refugio de Villa Meillón y se dirigían hacia los seracs del Petit Vignemale. El día se auguraba bueno, aunque la víspera negros nubarrones que subían del Valle de Gaube se aferraban a toda la zona Norte del Vignemale. Afortunadamente los alpinistas estaban de suerte; las pocas veces que se despertaron durante la noche, desde su precario abrigo de Villa Meillón, pues Villa Meillón no es más que una gran piedra en forma de visera que ofrece un confortable vivac, habían oteado el cielo, y éste se presentaba estrellado y, además, hacía frío, lo que suponía una buena calidad de nieve.

En la base del glaciar, antes de llegar a la barrera de seracs, tuvieron ya necesidad de calzarse los crampones, y como la pendiente es muy suave en un periquete llegaron al comienzo de los seracs. Aquí ya hubieron de encordarse, y antes de comenzar la ascensión los alpinistas hablan.

—Oye, Suso, ¿te importaría dejarme realizar esta ascensión de primero y a cambio tú haces la Norte del Perdido?

—Como tú quieras, Juan.

—Bueno, entonces empiezo. Pon atención en la aseguanza.

La ascensión comienza, según se mira a los seracs, por su parte izquierda, junto al espolón del Petit Vignemale. Subiendo en diagonal hacia la derecha, Juan camina seguro, sorteando seracs y emplazando las reuniones en cómodas plataformas que ofrecen magníficos puntos de seguro.

La cosa no puede presentarse mejor: buen día, buen estado de la nieve, buena hora y la escalada no parece ofrecer dificultades serias. Todo ello contribuye a que los alpinistas se encuentren alegres y comentan que



Juan camina seguro, sorteando seracs y emplazando las reuniones en cómodas plataformas que ofrecen magníficos puntos de seguro.—(Foto J. Ayestarán.)

aquella es una ascensión muy bonita y de gran sabor alpino. Las fotos se suceden sin interrupción y los alpinistas procuran salir en las más académicas posturas.

Ya habían llegado a un amplio «plateau» cuando se encuentran con un muro de hielo que les cierra el paso. Entonces empiezan a recorrerlo de punta a punta, esperando encontrar un sitio débil por donde superarlo, pero cuantas más vueltas dan más difícil les parece aquello.

Primero suben encima de un pequeño muro que se encuentra enfrente del que les cierra el paso, y Juan le dice a su compañero:

—Mira, Suso, yo creo que haciendo un paso de hombros y tallando luego un par de escalones, me sitúo encima del muro, ¿qué te parece?

—Sí, claro, y el que se expone a recibir un pisotón con los crampones soy yo, ¿verdad? ¡Ni hablar!

Al fin optan por bajar y deciden probar suerte por un sitio al que ya le habían echado antes el ojo. Se trata de un muro de hielo cuyos siete primeros metros son completamente verticales para ir perdiendo luego, poco a poco, inclinación.

Sirviéndose de una pequeña arista que nacía en la pared, superó Juan cuatro metros y colocó una clavija, y cuando se disponía a continuar tuvo la mala suerte de perder el piolet y, por si esto fuera poco, el piolet fue



Luego pasan de nuevo al glaciar y comienzan otra vez los innumerables y monótonos largos de cuerda.—(Foto J. Ayestarán.)



Ya habían llegado a un amplio "plateau", cuando se encuentran con un muro de hielo que les cierra el paso  
(Foto J. Ayearán.)

do los escalones hechos en el intento anterior, el alpinista consigue llegar hasta donde estuvo metida la clavija y éste, para no ser menos, la vuelve a meter. Con el apoyo de la clavija que le sujeta un poco hacia la pared y procurando sacar el mayor partido posible a los crampones, va tallando nuevos escalones y metiendo nuevas clavijas, y logra alcanzar una pequeña arista donde puede descansar y colocar ambos pies cómodamente. El muro pierde ahora verticalidad, si bien la pendiente es de fuerte inclinación, y resguardado por las clavijas que han quedado colocadas efectúa la salida, llegando a lugar seguro unos metros más arriba.

El alpinista cree que superado este muro entraría ya de lleno en la parte superior del glaciar, y que el resto de la ascensión se limitaría a una monótona subida por un terreno más o menos pendiente, pero de repente se encuentra con una repelente grieta, muy ancha y muy profunda, que le cie-

a parar al fondo de una pequeña grieta. El contratiempo no parece causarles ninguna gracia. Juan desanduvo lo andado, bajó a la grieta y, afortunadamente, surgió con el piolet en la mano.

Un poco desmoralizados por este revés los alpinistas se relevan en la cabeza de cuerda. Previamente y antes de reanudar la subida, prueban la solidez de la clavija que ha quedado arriba, clavada, y no hacen más que tirar de la cuerda cuando se encuentran con cuerda, clavija y mosquetón en las manos.

—Estas clavijas de hielo no valen para nada, Juan.

—Hombre, al menos nos servirán de clavijas morales.

—¡Pues sí que estamos bien!

Siguiendo el mismo camino que antes y aprovechando

rra el paso por todos lados. Explora por la izquierda y no ve posibilidades de franquearla; por la derecha, una afilada arista de hielo, con sendos cortados a ambos lados, le hace desistir, por el momento, de la exploración. Llama a su compañero, quien a medida que va subiendo va desprendiendo con la mano las clavijas que han quedado en la pared, y al rato se encuentran otra vez reunidos. La grieta es en realidad repulsiva, sombría, lóbrega, y un ansia de perderla pronto de vista anima ahora a los escaladores. Extremando al máximo las precauciones comienzan a recorrerla, primero uno, luego el otro, pero como la grieta es más larga que la cuerda se ven obligados a avanzar los dos conjuntamente. Una caída en estos momentos sería de fatales consecuencias para la cordada. Al final la grieta se une, dando paso al glaciar y ahora en ininterrumpidos largos de cuerda van avanzando hasta alcanzar una segunda grieta que se encuentra en la mitad del glaciar y que lo cruza en toda su extensión.

La guía dice que esta grieta se atraviesa por su lado izquierdo, saliendo por la roca, pero como a los alpinistas les parece más cómodo franquearla por su lado derecho, optan por este último lugar. Cruzan la rimaya, toman contacto con la roca y por una vertical pared, con buenos y pequeños agarres, ascienden unos 18 metros, hasta situarse por encima de la grieta. Luego pasan de nuevo al glaciar y comienzan otra vez los innumerables y monótonos largos de cuerda. La niebla aparece ahora en el fondo del valle y los alpinistas apresuran la marcha y en el preciso momento que alcanzan el fin del glaciar se ven envueltos en un mar de nubes. Rápidamente se despojan de los crampones, guardan los piolets y emprenden vertiginosa carrera hacia el Col de los Glaciares.

Aquí, ya más tranquilos, hacen un alto para comer algo.

—Oyer, Juan, ¿por dónde volveremos?

—Pues no lo sé; ¿a ti qué te parece?

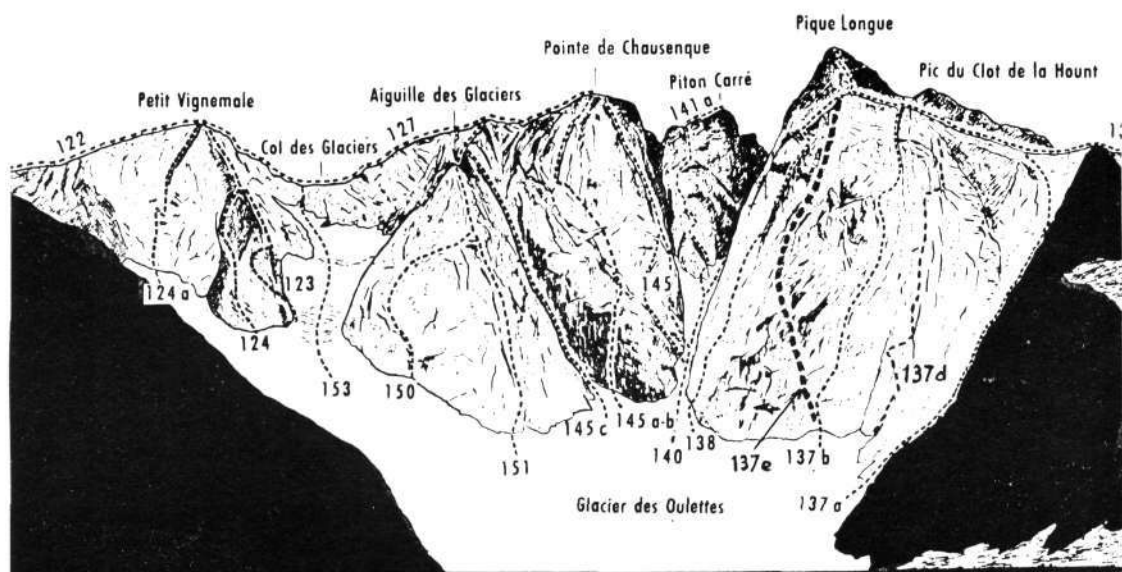
—Yo creo que con esta niebla lo mejor que podemos hacer es salirnos por el sitio más fácil, o sea, tirando hacia la Punta Chausenque.

—Sí, eso es lo que creo yo también.

Visto el mal cariz que toma el tiempo los alpinistas se ponen otra vez en marcha y caminan presurosos hacia la Punta Chausenque.

Sin detenerse a pasar por la cumbre emprenden el descenso y una vez en el glaciar d'Ossoue siguen la bien marcada senda que han dejado grabada en la nieve las numerosas caravanas de franceses que casi todos los días suben del Refugio de Baysselece.

Antes de llegar al refugio empieza a llover y el viento, para no ser menos, comienza a soplar a ráfagas violentas. Enfundados en sus «cagoules»,



Croquis de la pared Norte del Vignemale desde el Valle de Gaube, de la guía Ollivier

los alpinistas van capeando el temporal, y momentos después hacen su entrada en el refugio, que se encuentra abarrotado de gente. Buscan acomodo en un rincón y piden dos botes de cerveza. Cerca de ellos, un numeroso grupo de franceses se dispone a tomar una calentita sopa y el guarda del refugio, acercándose, pregunta:

—Veuillez lever le doigt, ceux qui voudront un guide pour aller demain à Vignemale.

Las manos se elevan por encima de las cabezas y el guarda cuenta.

—Un, deux, trois, quatre...

Mañana, si hace bueno, una caravana de doce franceses, dirigida por un guía, subirá al Vignemale.

Los alpinistas terminan de tomar su cerveza, abonan la consumición y se disponen a salir. Fuera, el temporal arrecia con violencia y los alpinistas saben que tienen que partir, pero también saben que dentro de una hora estarán en su confortable vivac de Villa Meillon, debajo de una piedra, donde un lecho de paja y una caliente sopa les esperan...

J. AYESTARAN.